

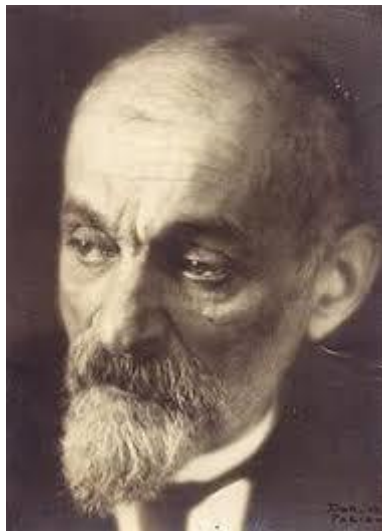
---

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES**

**CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI**

**ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO**

---



**A PROPÓSITO DEL "MEMENTO MORI" DE CHESTOV<sup>1</sup>**

**Alfredo Franceschi**

<sup>1</sup> Publicado originalmente en *Escritos Filosóficos*, Instituto de Estudios Sociales y del Pensamiento Argentino, Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires, 1968.

Pido perdón a los lectores si las reflexiones de hoy -siempre en relación a Husserl y a los límites de la razón- versan sobre este *memento mori* tan lúgubre, tan de aguafiestas. La vida nos es estimable aun después de contraponer placer y dolor y de juzgar sentenciosamente que éste supera a aquél. Y nos aferramos a ella con afán de desesperados. Símbolo de este apego a la vida, que nos hace apurar con sed de eternidad la postrera gota de su licor, podría ser el Heine de los últimos años, semicadáver, gustando, sin embargo, su vivir miserable. Y el *memento mori*, si viene entonces, paraliza la fiesta, buena o mala.

Pero no nos preocupemos. Si aquí hacemos referencia a él, no es sino en lo que atañe a la razón, como expresión de su caducidad y del relativismo de nuestros conocimientos. Es, de hecho, además, el título de un artículo publicado por Chestov en 1927 en la "Revue Philosophique" acerca de la teoría del conocimiento de Edmundo Husserl. Es interesante recordar, como ya hiciéramos en una colaboración anterior, que un partidario de Husserl, Hering, replicó a Chestov con otro artículo, publicado en la "Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuse", cuyo título expresaba una evidente intención polémica: *Sub specie aeternitatis*. ¡Y qué polémica! Contra el concepto de muerte, el de eternidad, con el mismo sentido esencial con que en los albores de la gran filosofía griega, luchaban Parménides y Heráclito.

Para quien se sitúa en una posición religiosa, el *memento mori* y la visión *sub specie aeternitatis* no son opuestos. El recuerdo de la muerte se hace, no con intención escéptica o pesimista, sino todo lo contrario, como una afirmación de que lo verdaderamente real es eterno. Pero en el orden humano, mejor dicho, en relación a las luces naturales del hombre, ambas posiciones son realmente antitéticas.

La eternidad y la muerte, la idea o arquetipo, y el devenir, la esfera lógica y la psicológica, he aquí variantes de una misma oposición, actualizada en la gran controversia de Sócrates, Platón y Aristóteles contra sofistas y escépticos; y actualizada también, en el fuero interno de cada hombre, en la necesidad de afirmar en absoluto, y en la angustia o cautela o duda con que luego, si somos sinceros, nos pedimos cuenta de tales afirmaciones.

\*

Chestov reconoce en Husserl la valentía con que afirma el mundo de las ideas, el reino de las esencias, llevando a sus últimos extremos la posición logicista: y compara su actitud con el *o todo o nada*, de Brand, en el poema dramático de Ibsen. Contra aquellos lógicos a la manera de Sigwart, que creen posible fundar la certeza sobre la base de una experiencia interna, siquiera sea el sentimiento de la evidencia, Husserl dirá que, sin quererlo, caen igualmente en el relativismo, esto es, que, en definitiva, son escépticos.

Pero si los argumentos de Husserl son decisivos en esta hábil búsqueda de la máquina interior del psicologismo, no lo son en lo que atañe a la afirmación de un reino de las ideas. Aquí la demostración de Husserl hállase menoscabada por la presencia implícita de *praesupposita*, es decir de bases y condiciones que pueden ser discutidas.

En realidad, Husserl, más que demostrar, meramente afirma; casi diría, decreta la existencia del orden extratemporal, siguiendo en esto un procedimiento habitual en el dogmatismo. Que tal afirmación no sea absurda, ni mucho menos, lo abona una creencia, una base dogmática que está en todos los hombres; pero, en su estricto rigor, no se halla demostrativamente sostenido. El hecho de que en todos esté el concepto de verdad y de que todos crean en ella, no es prueba suficiente, porque el menor análisis psicológico nos muestra a la vez que todos dudan, que somos dogmáticos y escépticos en una oscilación perpetua. En virtud de ese decreto logicista, la gnoseología se aparta de la psicología, temerosa del contagio; pero la grave cuestión subsiste, la legitimidad de esa separación.

Chestov recuerda muy oportunamente uno de los *leit motiv* de Husserl, o sea que a la teoría del conocimiento nada interesan las consideraciones genéticas, lo que acaso signifique más bien esto otro: que le interesa no tratarlas. Hay hombres encumbrados que ocultan su origen humilde y que quisieran olvidar la génesis de su fortuna. Algo se empequeñece la dignidad humana cuando se nombran los que son quizá sus predecesores. Max Scheler, en una página admirable, nos dice cómo en la concepción habitual del hombre giran tres círculos de ideas heterogéneas entre sí: la tradición judeo--cristiana, con el concepto esencial de caída; la tradición clásica, con el concepto de "razón"; y el punto de vista de la psicología genética, según el cual el hombre es sólo un producto final, emparentado con la naturaleza infrahumana. Y bien: caer -en la concepción bíblica- o surgir de un caos o de una nebulosa --en la concepción de las ciencias naturales- es cosa muy distinta de esta naturaleza portadora única de la eterna razón, orgullo de los dogmáticos. El *memento mori* de Chestov hincó su diente sobre esta última posición, sobre el mundo de las esencias de Husserl, que reedita, a no dudarlo, a Platón y al realismo medieval. Y su frase a cosa lúgubre, y aun, si quisiéramos tomar un poco de buen humor cosa tan grave, a aguafiestas.

¿Pero qué hacerle? ¿No es legítima su crítica? ¿Sobre qué base el logicismo proscribiera toda cuestión de origen?

En Kant, también, hay un sinnúmero de *praesupposita*, como lo demuestra el fino análisis del neotomista Sentroul en un volumen en que compara al gran filósofo con Aristóteles. Y entre tales proposiciones implícitas hay una, de capital importancia: el hecho de la ciencia. ¿Pero estamos seguros de que la ciencia existe? ¿Es ciencia realmente, es decir, verdad eterna e inmutable, la física, que si es empírica, es sólo saber contingente, y si es teoría, no es más que económica y descriptiva? ¿Y es ciencia, en verdad, la matemática, tejido rígido, necesario, sí, pero tejido de lo irreal? "La aritmética -nos dice Chestov- no tiene fuerza más que en el mundo ideal que está sometido al hombre, acaso principalmente y aun exclusivamente, porque tal mundo ha sido creado por el hombre mismo y obedece a su autor". He aquí, como se ve, una existencia a base de un decreto. El postulado kantiano, sostén de su investigación gnoseológica, puede ser sometido a la *skepsis*, y Hume, que despertó a Kant de su sueño dogmático, podría aún despertar a sus herederos de hoy. Bien es verdad que las matemáticas gozan de tanto prestigio que ni Hume se atrevió a discutir las.

En Husserl existe un postulado análogo al de Kant. Chestov lo expresa así:

"Cualquiera que sea el origen de la verdad, hay un hecho, y es que la verdad existe y gobierna nuestros juicios". Que esta afirmación pueda ser hecha como acto de fe, es evidente. Hay momentos de exaltación, de dichoso optimismo, de profunda admiración por todas las cosas, en que vive en nosotros el reino de las ideas; pero hay otros en que el *memento mori* es sincera expresión de la caducidad insalvable de todo. "Sólo la ciencia -dice Husserl- puede *estatuir*". Es éste, sin duda, su ideal -*perennis philosophia*-, ¿pero estamos seguros de que es posible realizarlo?

\*

Limitar la razón no es negarla, pero quitarle su omnipotencia es, por de pronto, respetar la naturaleza humana, tan múltiple, tan extraña, tan enigmática. Hoy sería ridículo ver en los sentimientos o en la voluntad meras larvas de intelecto como en los tiempos de Descartes, con su claro y optimista matematicismo. Hay cosas que la razón no puede comprender; y aun en el supuesto que ella pudiera estauir, el hombre *no* quiere aceptar muchos de sus decretos; no quiere, por ejemplo, reducir la aurora que ve a un juego mecánico, a una armonía de números. Lo universal -objeto de la ciencia- no ha de matar lo individual, el accidente. ¡Cuánto lo vivimos, qué amor ponemos en este minúsculo episodio! "*C'est una chose horrible de sentir écouler ce qu'on possède*" -decía Pascal. Es cierto, pero por lo menos, un instante, es nuestro y lo vivimos. Y si la razón lo quiere anegar en lo inmenso de sus conceptos, ¡con qué energía lo defendemos de su persuasión enemiga!

\*

Chestov nos lleva a esta limitación que prepara acaso una nueva aurora. Todo escepticismo, así como toda voz de desasosiego, está grávido de una verdad nueva, que responda a las más íntimas exigencias del hombre. "Husserl -nos dice Chestov- ni siquiera sospecha que el problema de la gnoseología consiste, quizá, en determinar el instante en que es necesario privar a la razón de su papel director o bien limitar sus derechos". Y en otro párrafo, saliendo en defensa de Sigwart, cuya teoría del conocimiento había recibido duros ataques de Husserl, agrega: "Lo que Sigwart dice, equivale, en suma, a afirmar que más allá de ciertos límites la competencia de la razón toma fin y que un nuevo poder nos impone entonces sus derechos, un poder que nada tiene que ver con la razón y cuyos efectos sentimos aquí abajo..." ¿Cuál es ese poder? Ciertas palabras de Sigwart esbozan una respuesta. "La fe en el carácter legal del sentimiento interior de la evidencia y en su seguridad es el último fondo de toda certitud en general". Ya dos siglos antes decía Pascal: *La dernière démarche de la raison est de connaître qu'il y a une infinité de choses que la surpassent*".

\*

Frente a este salto de lo subjetivo a lo objetivo, de lo que está en la conciencia del hombre al reino incorruptible y sobrehumano de la verdad -aventura intentada en todos los tiempos por la filosofía -Husserl y los escépticos intelectualistas han de coincidir esta vez.

No así aquellos escépticos que, respondiendo al sentido etimológico primigenio, buscan con angustia, sin saber, sin embargo, si hay un punto final de descanso; esos

escépticos, descontentos de sí mismos, descontentos de las soberbias explicaciones racionales, que motivaron, sin duda, la frase de Pascal: "*Je ne puis approuver que ceux qui cherchent en gémissant.*"